

El Ioteriazio petrolero de Brasil

Primero el etanol y ahora el petróleo.

Gustavo Berganza

Tupi es la palabra que le pone la guinda al inmenso potencial brasileño como actor de peso en la política latinoamericana. Tupi es el nombre con que Petrobras, la compañía estatal de petróleos, bautizó el inmenso campo petrolífero submarino frente a las costas del sur del Brasil. Hace unos días, Petrobras anunció que el yacimiento tiene un potencial de entre 5 y 8 millardos de barriles de petróleo y gas natural, con lo cual Brasil se convertiría en la segunda potencia de América Latina en combustibles fósiles.

De acuerdo con el New York Times de ayer, las reservas permitirían a Brasil superar a México e incluso a Canadá, y estar solamente por debajo de Venezuela, el mayor productor de América.

En los últimos meses, el petróleo y el gas natural se han convertido en una razón de incomodidad que ha vuelto sumamente tensas las relaciones no solamente entre Venezuela y Estados Unidos, Rusia y Europa Occidental y China y el resto del mundo industrializado, sino también entre países de la periferia, como son los sudamericanos.

La asunción de Evo Morales llevó, con el apoyo de Chávez, a la nacionalización de los campos productores de gas natural en Bolivia, en los cuales Petrobras recién había hecho fuertes inversiones.

La perspectiva de quedarse sin suministros hizo que los brasileños prefirieran no hacer demasiado escándalo ante la decisión boliviana. Y luego, el gas natural también ha sido fuente de problemas para Chile, cuando Argentina, un país con decreciente producción de este hidrocarburo, suspendió ya en dos inviernos sus exportaciones hacia su vecino austral.

Los campos de Tupi, en la llamada Cuenca de Santos, en el Atlántico Sur, le pintan a Brasil un panorama sumamente halagüeño. El gigante sudamericano, que ya es una potencia industrial y de producción de materias primas, parece estar en una excelente posición en relación a las otras potencias emergentes, China e India, debido precisamente a su autosuficiencia energética. Esta no deriva del descubrimiento de esos yacimientos submarinos, sino del énfasis que dio antes a la producción de etanol de caña de azúcar, lo cual le permitió a este país depender cada vez menos del volátil suministro petrolero de los países de la OPEP. Ahora, con los nuevos yacimientos, Brasil está a las puertas de convertirse en un exportador de hidrocarburo fósiles –ya lo es de etanol– y esto le da las posibilidades de modificar el juego energético en Sudamérica y, eventualmente, de jugar un papel político más activo, con el petróleo como instrumento de política exterior, en el resto del mundo.

Habrá que ver el rumbo que decida tomar el gigante y cómo administrará, política y económicamente, este nuevo recurso que aumenta su relevancia como potencia emergente.